

Leg 11 paquete 2º

891

891

SERMONES PANEGÍRICOS

S. Pedro Regalado
Nva Sra de L. Loreuro

DEL

Nva Sra del Sacramento
Domingo de Ramos.

PRESBITERO Y LICENCIADO

DON NICOLAS DE LUNA Y DE LEON.



VALLADOLID.—1869.

Imprenta, librería y almacén de papel de F. Santaren,
portales de Espadería, número 27.

SECRET

24

SECRET

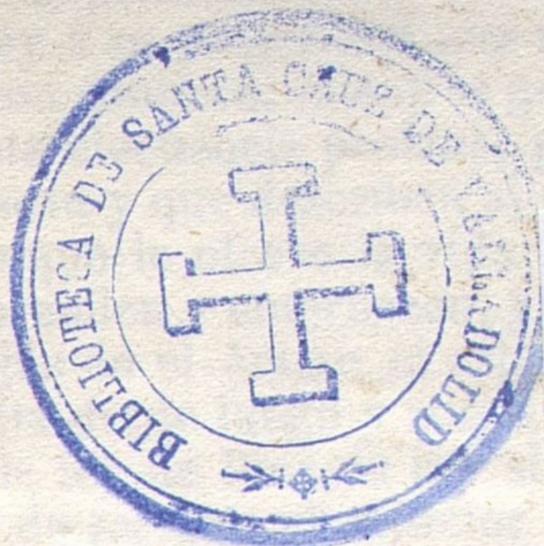
SECRET

SERMONES PANEGÍRICOS

DEL

PRESBITERO Y LICENCIADO

DON NICOLAS DE LUNA Y DE LEON.



U/Bc LEG 11-1 nº891 HTCA



1>0 0 0 0 2 9 5 3 1 4

VALLADOLID:

Imp., lib. y almacen de papel de Fernando Santaren.

1869.

SEBASTIAN PARRILLAS

DEL

LIBRO DE LICENCIADO

DON NICOLAS DE LUNA Y DE LEON.



VALLADOLID

Imp. y almacén de papel de Fructos Santarén

1868

PANEGÍRICO

DE

SAN PEDRO REGALADO,

PATRONO DE ESTA M. N., H. Y L. CIUDAD DE VALLADOLID,

PREDICADO EN LA IGLESIA PARROQUIAL DEL SALVADOR

EL DIA 14 DE MAYO DE 1843.



Homo sensatus credit legi Dei, et lex illi fidelis.

El hombre prudente es fiel á la ley de Dios, y la ley será fiel para con él.—Eclesiástico. Cap. 33. 2. 3.

Hé aquí, Señor, mi ejército y mi decision, cuando me sale al frente un hombre que no pasmó al mundo con empresas ni acontecimientos ruidosos; pero que supo sellar cada uno de sus dias con un triunfo de fé, y que presenta hoy á su posteridad una memoria dulce de ser celebrada con bendiciones y con cánticos; mientras que los atrevidos raptos, y los esfuerzos felices de esta elocuencia profana, participan de algun aparato y variedad que hermosean y que describen al orador cristiano, convierte sus ojos hácia el cuadro que le ofrece la vida del justo. Hácia aquellos esquisitos rasgos que sorprenden y enternecen, y poseido todo de la grata satisfaccion que siempre dejan en el ánimo el espectáculo de la felicidad y la imágen de la virtud, falta desde luego y suscribe aquel oráculo del Espíritu Santo. El justo cree á la ley de Dios, la ley siempre recompensa su fidelidad; y ¿por qué no ha de ser este el carácter de una criatura angelical, muerto á todos los encantos y aun á sí mismo, y sensible únicamente á los impulsos de la gracia y á los extravíos del pecador? ¿La inclinacion de un corazon seráfico que no palpité una vez sola sin que aspirase al cielo? Que prevalezca en buena hora el gusto dominante de recargar los retratos de los héroes con unos lineamientos originales y que solo se parezcan á ellos mismos.

El sujeto de mi oracion llegó á ser objeto; un héroe merece ser llamado grande en aquel sentido en que el G. P. San Ambrosio llamó grande al Patriarca Jacob porque no amó sino lo que debia de amar, ni tampoco hizo sino lo que debia de haber hecho. Así es como el hombre de una condicion humilde y oscura todavia puede adquirirse los augustos títulos de hombre de bien, de sincero y oficioso, así es como le caben las cualidades sublimes de protector y de amigo entrañable; así es, finalmente, como él va á colocarse por sí mismo en los fastos de la inmortalidad, al paso que centellea y brilla en los anales de la religion. ¿Pero cuál es el lugar que le pertenece? Ciudad noble y generosa; el Eterno parece que no pudo disponer un plazo mas conforme á sus piadosos sentimientos, como el que un religioso pobre y franciscano, con su mismo abatimiento y abyeccion, esmaltase mas y mas los brillos de tus blasones y de tus primores exclusivos.

San Pedro Regalado, ese es tu hijo; pero un hijo ilustre que entre los mortales cobardemente postrados ante el honor y la preocupacion, levantó valiente la cabeza sin inclinarla jamás hácia la tierra; que no conoció al mundo sino para servir á una parte suya, á quien amó todavia mucho mas que á sí mismo para sorprender dulcemente á sus semejantes con el ascendiente de la santidad y el poder de sus milagros. Pero rehusemos, señores, declamaciones estériles; nada sacamos de que San Pedro Regalado sea nuestro paisano y nuestro patrono; si á un mismo tiempo no nos lo proponemos como un modelo, y si no nos fijamos en sus virtudes y en su santidad. Podria ser, sucederia que el ejemplar que nos propone hoy la religion con tanta magestad en este grande templo y en el seno de la patria; nos reprendiera como un fiscal incorruptible y quizá el tenor de su conducta haria mas y mas inexcusable la nuestra. Contéplémosle, pues, sencillamente y para nuestra edificacion; aquí no se necesitan aquellas semejantes ingeniosas que tal vez desfiguran la verdad, ¿para qué, si inmediatamente vamos á encontrarnos con un génio, origen fecundo de todo su valor y de toda su grandeza? San Pedro Regalado, un hombre espiritual, fiel, atento siempre á la santificacion y á la justicia de Dios, mereció aun sobre la tierra un premio incoado en su fidelidad; así es como yo lo concibo. Soberano Señor Sacramentado, vos, Señor, á quien se dirigen los himnos, las voces de exultacion con que celebramos las glorias de vuestro siervo; haced que venga vuestro divino espíritu sobre mis lábios, haced tambien que imprima sobre este auditorio tan respetable, aquella docilidad que exige de nuestra parte el don inenarrable de vuestra divina palabra; así os lo suplicamos por la intercesion de la Purísima Virgen, á quien saludamos llena de gracia. AVE MARIA.

El hombre espiritual siempre dirige al mundo por la ilustracion que le suministra la fé; extranjero y peregrino sobre la faz de la tierra pone de acuerdo á su espíritu con la religion, se constituye en medio de los humanos como una especie de divinidad para honrarlos con sus consejos y sus beneficios, para darlos á entender en su misma ilustracion que no hay ninguna cosa digna de nuestros cuidados, que nada es grande, nada es perfecto sino

los encantos de la virtud y los tesoros de la gracia. El orador, decía un Pontífice y gran filósofo, debe pasar rápidamente por la infancia sin detenerse; por lo común todos los hombres se parecen unos á otros, hasta aquel instante en que llega á desplegarse la razón: este consejo tan discreto y tan razonable no debe tener lugar cuando se trata de San Pedro Regalado, ¿Cómo, si fué un niño lleno de regularidad y circunspección, si su continente dulce y sus expresivos modos aliviaban ya á su madre de aquella inquietud que traía consigo los afanes y la educación para con los demás hijos; si tenía más gusto en ayunar que en comer, si á los diez años sale con la resolución de dejar al mundo y de vestir el hábito de San Francisco? A bien seguro que este impulso de su heroicidad hubiera sido llevado á ejecución en una edad tan tierna, si el celo de su madre no le encargara á un sacerdote diestro, que aprobó su vocación en el discurso de otros tres años. La fé, decía el G. P. San Gregorio, muchas veces prematura la razón de los niños, los dota anticipadamente de aquel fondo de sabiduría y prudencia que solo pueden prestar las combinaciones y la experiencia. ¡Mundo engañador! ¡Mundo traidor! Aparta, aparta, ya no quiero escucharte, que no pretendes sino alucinarme, que tus favorecidos, que tus secuaces se embriaguen en los críminosos deleites; por mí ahí los tienen, no se los envidio: que algunas almas candidas entren á la parte de tus inocentes dulzuras, si á caso hay algunas que lo sean. ¡Criaturas vanas! qué quereis con un corazón que ni hicistéis vosotras, ni se hizo por vosotras? Aquí debo yo convertirme á los padres de familia; conozco que la educación es uno de los primeros deberes de los padres, y sería de desear que todos tuviesen aquel acopio de probidad y suficiencia que se necesita para educar á sus hijos á su lado. ¿Pero qué ventajoso fuera que los que no saben educarlos los permitiesen á los sacerdotes, cuyos labios deben destilar la leche y miel de los consejos y de la doctrina, ó por lo menos ya que no los enseñen que no los escandalizasen en aquella edad temprana en que el corazón cede tan fácilmente á todas las impresiones? Porque no lo dudamos, hay muchos padres que no sienten la estrechez de aquel dulce oráculo que les une con sus hijos; cuidaron de formar su ser y descuidaron de formar sus costumbres, y ¡pluguiese al cielo que algunas veces y en su presencia no hicieran alarde hasta de aquellos extravíos que cometieron en sus mocedades! Así es como los primeros sentimientos deciden la conducta de toda la vida.

Contamos en aquel periodo, que nuestro Santo murió místicamente para el mundo, y se sepultó en la soledad: desde entonces comenzó á experimentar aquellas ternuras que ponen en agitación á las almas grandes, hasta que llegan á colocarse en su centro. ¡Oh! Este es aquel justo que nos pinta y describe el Profeta, marcado y bendito por el mismo legislador, que atraviesa este valle de lágrimas, suspirante y ansioso por el tabernáculo de Dios vivo, que avanza en virtud, que no para ni descansa un punto hasta que se encuentra con su Dios en Sion. Señor, yo no quisiera escederme, el heroísmo de un San Pablo hizo decir al P. San Juan Crisóstomo: no es tanta

como se cree la diferencia entre los ángeles y los hombres, que no se yo si califique á San Pedro Regalado como un serafin en medio del cenagoso fondo de este cuerpo carnal y terrestre; no fué el pecado, el amor divino rompió sus venas á los catorce años con puntas crueles, con garfios de acero, hasta hacerse pródigo de su misma sangre; el amor divino le condecoró virgen, pero con aquel candor, con aquella virginidad de quien decia el P. San Cipriano, que entierran en vida al cuerpo y á la naturaleza; el amor divino le hizo gastar aquellas noches llenas de contemplacion. ¿Pero qué contemplacion? Un silencio eterno, plácido inspirador, á quien solo interrumpen los ayes de sus inflamados deseos, de sus amorosas ansias, y de sus rápidos vuelos. ¡Alma supremamente feliz, en medio de tus trasportes y de tus deliquios! Baja por un instante hácia nosotros, y aparezca siquiera un vislumbre de aquel fuego del divino amor que ardia en tu pecho. ¡Ay de mí! ¡Nosotros no somos bastante puros para que merezcamos conseguir esta dicha! Sigamos á nuestro Santo en la vocacion á que le destinó el cielo. El cuerpo moral ó figurado, siempre está puesto á enfermedades y alternativas igualmente que el cuerpo físico y material; fuése, pues, porque el orden de San Francisco distaba ya algun tanto de su juventud, y por consiguiente se habia marchitado su hermosura, ó fuese por esta triste condicion humana que por lo comun siempre se fastidia con la uniformidad. Lo cierto es que el espíritu del patriarca y del fundador habia llegado á entibiarse en muchos de sus hijos, y se necesitaba una virtud extraordinaria, un talento conciliador que renovase los antiguos fervores. El P. Villacreces, ingenio vasto y feliz, profesor de esta Universidad y de la de Salamanca; pero sobre todo un hombre ensayado por espacio de veinte años en las encrucijadas y en los peñascos de los montes de Covarrubias; he aquí el personaje que dió principio á la recoleccion, y en cuyo ministerio debió suceder San Pedro Regalado. Aquí se me presenta mi héroe brillante y luminoso y en todo su esplendor; su alma se difunde y se despliega á proporcion que se dilata el ambito, en una palabra, yo no puedo seguir la huella del fundador del Abrojo y de la Aguilera porque me embarazan inmediatamente mil incidentes y todos ellos preciosos.

Veo un hombre regular sin mas crédito que ser sencillo y apacible, sin otro aparato que el breviario y el báculo: veo un querubin que se desprende de los cielos y que señala el sitio donde debe erigir su mansion: veo que atraviesa un rio sobre su manto, que se condensan las columnas de las aguas que le sostienen sin hundirle ni humedecerle: veo que se restablece con celeridad el imperio de la virtud, que se regocija el desierto y la soledad, que los estravios del siglo y los prosélitos de los cláustros, vienen á respirar un aire puro, á que los llene su espíritu y su corazon Y pues ¿que podrian importarles los peligros que encuentra en algunos de sus falsos hermanos?

Es verdad que unos desdeñaron la reforma como una novedad imperinente, otros miraban con faz adusta la interrumpida aunque venerable tradicion de los dias pristinos, y quizá no faltó quien graduase su virtud de una

hipocresía mas bien manejada; pero San Pedro Regalado se conduce á manera de aquellos árboles ramosos y cargados de fruto, que se doblan á los embates de la tempestad para conservarles mejor, no emplea sino la paz misma para conseguir la paz. Un espíritu tambien complexionado no podia menos de vincularse los respetos de todos los corazones si gobierna á sus súbditos, muchas veces se postra en la tierra, les suplica encarecidamente que le pisen, que le ultrajen, que le den de bofetadas como al siervo mas indigno: por manera, que de su mismo abatimiento resulta su exaltacion; si se encuentra con un pobre le abraza estasiado como un emblema de Jesucristo, y fué un dia en que los rebojos de pan se le convierten en fragantes rosas; si habla con el pecador sabe unir á la eficacia de sus palabras aquellas blandas efusiones, hijas de la caridad y que siempre salen triunfantes; que mira si cae enfermo y manda matar una ave para su medicina, inmediatamente aboga por ella, toma en su manos al inocente animalito, le alhaga cariñoso, le contrista ver que ha perdido su libertad y le suelta por los aires porque alabe á su Criador. Cuántas veces nos rescató los tiernos corderillos para que no les quitasen la vida? ¡Hombre verdaderamente incomparable! ¿Dónde adquiriste ese temple dulce, ese calor bravo de tu alma? ¿Dónde, sino en aquellas conversaciones con la divinidad, cuando tu amor exhalado solo se alimentaba de sí mismo, cuando hacian toda tu gloria en no apropiarte nada para cederlo todo al Hacedor supremo? Yo retrocedo insensiblemente, me olvido, sin duda, de que los castos arrullos de una paloma deben dejarse para la soledad y el silencio á quien ella les ha confiado; bien que cómo es posible prescindir de aquellos santos ímpetus que le comenzaban con una inundacion de lágrimas, de aquellos ratos que le elevaban sobre la tierra, de la perfecta abnegacion con que al tiempo de morir pide á sus hijos los religiosos que le concedan de limosna, por amor de Dios, el hábito que viste para ser amortajado, y este acto humillante y heróico acabó de recibir la unción de mano de un Obispo, de un Obispo que pretendia la curacion instantánea de un tullido, á quien tocó con sus manos desde la tarima. Este y otros pormenores que me son deliciosos y que por lo mismo todos manifiestan á mi héroe desprendido absolutamente de sí mismo y absorto de la voz de su Dios; pero me resta hablaros de sus milagros.

San Pedro Regalado nos ha enriquecido de magestad y de gloria; los dias parecen que no se han sucedido unos á otros sino para eternizar su reputacion desde la urna sepulcral donde estan depositadas sus yertas cenizas; siempre ha reverberado una luz consoladora capaz de favorecer á los siglos venideros. Cuando os hablo de los milagros de San Pedro Regalado, no es mi ánimo suscribir sin discernimiento á todos aquellos con que las plumas nos exhornan su retrato, sino á los que estan examinados con autoridad y delicadeza. En la capilla de la Aguilera está pendiente la mortaja de D. Francisco Octañez, caballero de Roa, resucitado en el féretro y á la faz de las mismas personas que se habian congregado para enterrarle. Si se os resiste este milagro, yo no puedo indicarle sino con el testimonio universal de todo un pueblo, yo le encuentro entre los aprobados por los Ordinarios y Jueces

pontificios bajo la inspeccion de Urbano VIII y Clemente XII. La Iglesia jamás ha usado de la impostura, ni menos encarga el exámen á la discusion delicada de los milagros al que tiene interés de aplaudirles ó de desacreditarles, si los interesados inventan fábulas y enredos, lejos de fomentarles la Iglesia Romana, los mira como humores escrementicios de su cuerpo místico, aplicando sábios médicos para su estimacion en uno y otro siglo. Los verdaderos milagros siempre son necesarios ó por lo menos útiles; su misma utilidad le distingue de aquellas supercherías ó patrañas inventadas meramente por el error para ofuscar los pueblos: por mas que los sacerdotes de Baal se atreviesen á mandar al fuego á las enfermedades y á la muerte, ni se apagaban los incendios ni se quitaban los males, ni tampoco se abrian los sepulcros para restituir á los enterrados; su poder se ceñia únicamente á producir sobre una turba de entusiastas, movimientos violentos, socorros estériles, delirios frenéticos y convulsiones escandalosas; pero los milagros de San Pedro Regalado son de aquel mismo orden de que el Salvador del Mundo decia á los discípulos del Bautista: id, id, anunciad, publicad lo que habeis visto y oido: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos se limpian, los sordos oyen y los muertos resucitan. ¿Y cuándo no brilló esta misma ciudad, cuando la reina Católica doña Isabel vino á visitar su sepulcro treinta y seis años despues de su muerte? Entonces le cortaron una mano á presencia de una infinidad de testigos, todos arrasados en un llanto dulce, todos vieron brotar una sangre fresca de sus venas; sus preciosas reliquias exalaron una fragancia superior á todos los bálsamos y aromas, y un licor suavísimo capaz de curar todos los males; pero no nos dilatemos sin necesidad; Dios puede desencadenarse de sus propias leyes cuando le acomode, como que es libre, y aun es indudable que muchas veces aquí en la tierra hace gloriosos los sepulcros de los que son miembros de Jesucristo y templos vivos del Espíritu Santo. Las escrituras nos recuerdan un cadáver reanimado por el contacto de los huesos de Eliséo: la tradicion, aquellas curaciones famosas de que hablan San Ambrosio y San Agustin, cuando fueron descubiertas las cenizas de los ínclitos mártires Gervasio y Protasio; y por lo que hace á los milagros de San Pedro Regalado yo no tengo ninguna dificultad en creerlos porque sé muy bien que no tanto preconizan en su propia gloria, quanto el poder. Yo me complacería de buena gana en referiros uno por uno todos los milagros con que brilló nuestro Patrono como un astro resplandeciente: os haria una espresion del don de profecia con que le enriqueció el Señor: os manifestaria lo mucho que ejercitó su caridad aun despues de muerto, sino temiera seros demasiado molesto; pero no me es permitido pasar en silencio aquel esceso de caridad con que se dió á conocer aun en su mismo sepulcro con aquel anciano pobre á quien en vida socorria con la limosna que podia, y á quien no le faltó en la muerte, levantándose del féretro y alargándole con compasiva mano un pan para que se alimentase.

Señor, yo no podia haber lisonjeado á mi Patria con un triunfo mas magnífico, que presentándole hoy á un hijo suyo como un héroe en el orden de la gracia: por tanto, cedo gustoso á otros en este dia, el honesto empeño

de perderse en la oscuridad de los tiempos antiguos y remotos, para buscar la raiz, el origen y progresion del árbol genealógico de vuestra Valladolid felicísima. Aplaudo sin violencia la honrosa ocupacion de tantos elocuentes panegiristas, sobre su templo benigno, sobre la feracidad de su suelo, sobre la agudeza é ilustracion de sus ingenios y sobre los felices destinos á que se han sublimado muchos de sus hijos. Yo como orador cristiano me contento únicamente con aquel epíteto honroso, que la dió un soberano Pontífice, en un escrito apellidándola la ciudad de los Santos. Con efecto, en Valladolid nacieron los Rojas, los Rodriguez, los Puentes, los Escobar: yo me figuro hoy á todos estos héroes vinculados con la caridad, congratulando reciprocamente, pero dirigiendo á san Pedro Regalado este sentimiento religioso; á pesar de todas las grandezas de tu patria tu fuiste mas grande todavia porque te fijaste en tu Dios. Gran Santo, ya que no tengo la dicha de poscer vuestras cenizas y huesos; en este templo silla episcopal de nuestra creencia, donde recibiste la fé de cristiano por el sacramento del Bautismo, haced que esa reliquia preciosa que conservamos como la prenda mas grande de nuestro amor hácia vos mismo, nos sirva de recuerdo y de proteccion en todas nuestras penas y conflictos. Y vosotros tambien, piadosos cofrades, haced con el ejemplo que se celebren las virtudes de nuestro Santo con un vivo deseo de engrandecer su culto, para que mire la felicidad de esta nuestra desgraciada patria sumida en un caos de infelicidades y miserias, y especialmente por esta ciudad tan digna y acreedora de mejor suerte por su religiosidad y sensatez. Y vos, glorioso Patrono nuestro, haced que todos formemos un pueblo aceptable á los ojos de la Magestad divina por la imitacion de vuestras obras, para que ya que tengamos la dulce satisfaccion de invocaros nuestro paisano en la tierra, tengamos tambien un dia la mas perfecta y consumada de ser felices en una misma patria celestial, que es la gloria. Amen.

de perdese en la oscuridad de los tiempos antiguos y remotos, para buscar la raiz, el origen y progresion del árbol genealógico de vuestro Valladolid felicissima. Aplaudo sin violencia la honrosa ocupacion de tantos doctores pangeristas, sobre su templo benigno, sobre la felicidad de su suelo, sobre la grandeza é ilustracion de sus ingenios y sobre los felices destinos á que se han sublimado muchos de sus hijos. Yo como orador cristiano me contento unicamente con aquel epíteto honroso, que le dió un soberano Pontífice, en un escrito apellidándolo la ciudad de los santos. Con efecto, en Valladolid nacieron los Rojas, los Pantes, los Escobar; yo me figuro hoy á todos estos héroes vinculados con la caridad, congratulando reciprocamente, pero dirigido á san Pedro Regalado este sentimiento religioso; á pesar de todas las grandezas de la patria en laiste mas grande todavía porque le listate en tu Dios. Gran Santo, ya que no tengo la dicha de poseer vuestas cejas y huesos; en este templo silla episcopal de nuestra catedral, donde recibiste la fe de cristiano por el sacramento del bautismo, haced que esa reliquia preciosa que conservamos como la prenda mas grande de nuestro amor hácia vos mismo, nos sirva de recuerdo y de proteccion en todas nuestras penas y conflictos. Y vosotros tambien, piadosos collados, haced con el ejemplo que se celebran las virtudes de nuestro Santo con un vivo deseo de engrandecer su culto, para que nunc la felicidad de esta nuestra destracida patria subida en en esos de infelicidades y miserias, y especialmente por esta ciudad tan digna y acreedora de mejor suerte por su religiosidad y santidad. Y vos, glorioso Patrono nuestro, haced que todos formemos un pueblo amable á los ojos de la Magestad divina por la imitacion de vuestas obras, para que ya que tengamos la dulce satisfacion de invocaros nuestro patrono en la tierra, tengamos tambien un dia la mas perfecta y consumada de ser felices en una misma patria celestial, que es la gloria. Amen.

PANEGÍRICO

DE

MARIA SANTÍSIMA DE SAN LORENZO,

PATRONA DE ESTA M. N., H. Y L. CIUDAD DE VALLADOLID.

*Suscipimus Deus misericordiam tuam,
in medio templi tui. Circumcidate Sion,
et completimini eam.*

Señor, hemos recibido vuestra misericordia en medio de vuestro templo. Rodead á Sion, y unios á ella con vuestros corazones. Salmo 47. V. 40 y 43.

EXCMO. SEÑOR:

¡Qué difícil, señores, qué difícil servir de intérprete en este día á los sentimientos grandes de piedad y de religion que animan hoy á la muy noble, heróica y leal ciudad de Valladolid! No la llamo grande, no la llamo insigne, gloriosa, ínclita::: porque todo lo dije con nombrarla. ¡Qué difícil, por no decir imposible, desplegar la lábia á la faz de una Palestina, donde me escuchan ó los oráculos del pueblo ó los padres de la patria, llevan la lengua débil, la voz de todo un cuerpo tan ilustre, hablar hoy en presencia á un Magistrado, y á un Magistrado tan piadoso; hablar en materias de piedad, hablar, en fin, con aquel espíritu, con aquella dignidad que se merecen los preciosos rasgos de su augusto carácter y de sus prodigiosas intenciones! Seguramente que debiera temer hoy el mas humilde de sus hijos, que aun cuando lo apadrine su discreccion, se arrepienta bien pronto su bondad, su

condescendencia, notando secretamente en mi desmayo, todo lo que no llega al ardor de sus deseos, á los favores de su piedad, á los ápices de su celo, de su devoción de su::::: Pero yo me extravío dulcemente de sus ánimos, me detengo en sus elogios cuando solo me encarga los de María Santísima de san Lorenzo. Miraré ya de frente aquel simulacro consolador y divino: ¡qué ventura para mi corazón, católicos, el desahogarse hoy en medio de sus patricios, el tener que emanar él solo las efusiones y ternuras de todos los vuestros! ¡El veros, finalmente, congregados para patentizar vuestra gratitud, aquella criatura cándida, á quien apellidamos Madre por inclinación, por nuestro propio interés, y aun de justicia! ¡Que no late ya en el fondo de vuestras almas una sensación dulce y universal, no os inspira un transporte plácido á que llaman benéfica y celestial, que tantas veces ha enjugado vuestras lágrimas en este templo! ¡Oh! En un asunto tan grande y tan digno no esperéis una locución nivelada según los preceptos del arte: aun los judíos y los Ortensios peroraron muchas veces, según el impulso de aquellos efectos delicados, que inundaban sus nobles almas. Os confieso en verdad, que si mi sagrado ministerio me puso alguna vez en la situación triste de encontrarme con un objeto sobrehumano y que llegaré á tocar en la raya de inefable; que si la abstracción y escasez de la materia me obligó á velar mañosamente algunas circunstancias poco favorables, á buscar otras con trabajo y amplificarlas con singular artificio, en el día estoy muy distante de semejantes quejas: pudiera seguir las huellas del historiador Evangélico, y representaros á María Santísima nacida hoy al abrigo del trono, y como para el trono mismo; os haría leer sobre los sepulcros de varios reyes y patriarcas los inmortales nombres de sus padres y antepasados, veneraríais en sus ascendientes el poder del cetro unido á la dignidad del sacerdocio. En una palabra, os diría María es hija de David, el más benigno de los hombres; de Salomón, el más sábio de los mortales; de Josías, el más religioso de todos los príncipes: os trasportaría con el espíritu á la ciudad de Nazaret: suplicaría con lágrimas á los venerables ancianos Joaquin y Ana que nos mostrasen aquella niña recién nacida bajo de sus pobres techos: os llevaría de la mano hasta la inocente cuna; veríamos todas aquellas honestas mantillas, en que la encontrásemos envuelta, y buscaríamos en su divino rostro algún indicio feliz que nos presagiase lo que debía de ser en algún tiempo.

Seguramente os diría á la entrada de aquel dichoso cuarto: no se si están bien esos musicales cánticos, aunque la bendice el cielo, no tenga que arrearos una monstruosa hidra que vereis enroscada á los pies de su cuna::::: ¡Acercáis á ver ya una imágen adorable de la divinidad, en quien la naturaleza y la gracia parece que muestran prodigios de sus tesoros? ¡Oh qué magestad tan augusta no brilla en su semblante! ¡Qué pudor el de sus mejillas! ¡Qué modestia la de sus bellos ojos! Sus secretos hechizan, sus ademanes enérgicos, sus naturales gracias, todo, todo inspira en ella candor é inocencia::::: A impulsos de una perspectiva tan lisonjera, era preciso que sorprendidos me preguntáseis con las hijas de Sion. ¿Qué est ista? ¿Quién es esta niña que acaba de nacer? ¡Oh! Esta es la misma á quien el Ángel del

apocalipsi vió descender desde el cielo, adornada con atavíos nupciales y que cual esposa vestida de gala salia al encuentro de su amado; la misma á quien el esposo prendado de su gallardía dedicó aquel tierno epitáfio: ven, perfecta mia desde el Líbano, descende cándida y olorosa desde el monte santo de mi divinidad, servirme de diadema Sanir y Herman, esta es la destruccion y la ruina que has hecho en el pecado. ¡Qué cuadro, señores! ¡Qué cuadro y qué dibujo tan apropósito para una retórica, que no fuese tan inerme como la mia!::: Pero de todos modos, yo hablo hoy con un pueblo fiel, que despues de haber adorado á María Santísima en la cuna, viene á venerarla como á su Patrona; hablo en un templo que ha sido para nosotros como un alcázar aun mas inculto que el de David; hablo finalmente en nombre de este senado ilustre que consagra hoy todas las familias para que le acompañen en este triunfo á despecho de tantos hombres ansiosos ciertamente á la religion y á la patria, que quieren individualizarse en Israel, al paso que quema sus inciensos en los altares de Samaria. ¡Mónstruos desnaturalizados, indignas ramas de tan santo tronco, y que acaso ha de venir á sumergirse en las aguas del diluvio por desdeñarse de aquella arca preservadora! Por tanto, todo el norte de mi discurso será manifestaros aquel aprecio que debemos hacer de las misericordias que se nos franquean en este templo, y exigidos por tributo de una gratitud que corresponde á un pueblo cristiano. ¡Oh si me fuese dado el cantar hoy los ansiosos lábios de todas esas tribus cismáticas, ó al menos formar aquí una grata mezcla de lágrimas de su arrepentimiento y de la alegría de nuestros cánticos!

Tengo yo, adorable Señor Sacramentado, la satisfaccion dulcísima de perdonar y confundir á todos los enemigos de vuestras misericordias. ¡Dulce Madre mia, torre misteriosa de quien penden mil escudos para la defensa de este vuestro pueblo! vuestro influjo sostiene la vida de vuestros hijos en los mayores peligros, y aun conserva algunos adoradores constantes de vuestro nombre; dad á un hijo vuestro que mas indigno, que jamás podrá apartar de sus lábios tan deliciosas espresiones vivas que conviertan los corazones de mis oyentes en fuentes de ternura, y haced que en este dia suban los inciensos de vuestros afectos hasta las aras de vuestra gracia.

AVE MARIA.

¡Ciudad augusta! cedo gustosamente á otro en este dia el honesto empeño de perderse en la oscuridad de los tiempos antiguos ó acaso fabulosos en orden á descubrir la raiz, el orden y primogénito del árbol genealógico de tu existencia, no entre las contradicciones que subsistan en los fastos; por tanto dejo á los curiosos disertadores la ocupacion ingrata de registrar entre el caos de la antigüedad los cortos monumentos que nos presta para desentrañar esta luz escondida entre mil sombras: yo seguiré con gusto la opinion á favor de la cual se decida; tu nombre no ha de ser respetable porque vaya á confundirse con todas las familias y condiciones, en el primer origen de los hombres y de los tiempos: lo cierto es que en los anales de la nacion salen por garante de su lustre y de su decoro; entren enhorabuena, el celo, el pundonor y la erudicion patriótica, aunque no sea sino para mantener los

imprescriptibles derechos de la justicia y la verdad. Panegiricen desde luego el blanco influjo de tu suelo, la feracidad de tus campos, la gloria y esplendor de tus ingenios. ¡Oh! Aunque no tuvieras otro título que ensalzarte sobre las principales ciudades de España, estos últimos bastarian para hacer ruidoso tu nombre en la adorada república del buen gusto. Yo quiero que olvides por ahora aquellos dias felicísimos en que tu sola excitaste el grito admirador de todo el universo; hablo de la honradez de tus antepasados para con sus monarcas; de aquellas famosas prerogativas que vinculó á tu heroísmo un don Alonso el Sábio; de los sucesos con que supieron distinguirse en el reinado de Cárlos I; de los concilios á que diste nombre en los pontificados de Inocencio II y Adriano IV: finalmente, de tu decantada cultura, merecedora aun de mas encomios que los fenicios y de tantos príncipes, de tantos héroes como supieron acuartelarse en los pabellones de Marte; ó ¿cómo se entronizaron en el templo de Minerva? ¡Oh! tus elogios me serian deliciosísimos y por lo mismo interminables. Mas un orador cristiano no debe engalanar sus discursos á costa de unas glorias fugaces, que se desvanecen como el humo; con título contingente es una prueba de la pequeñez de aquellos que tanto sudaron para merecerlo, un brillo equívoco que acaso muere con honor, y cuyo nombre niega á combate una buena crítica tu gloria singular.

Tu ventura singular, tu blason envidiable, tu felicidad sin contingencias, todas resulta en la proteccion que te acuerda aquel bellissimo simulacro; pero ¡qué simulacro! ¡Señores! ¿quién es capaz de decirnos si tu fábrica fué en el cielo ó en la tierra, obra de los Angeles ó de los hombres? De aire ó de majestad las gracias de aquel donoso rostro; aquel maravilloso contraste, tu hermosura ¿no se sobrepone á la destreza de todos los estatuarios que ostentaron el fausto de los Neronos y Domicianos? Mirad, católicos, aquel tabernáculo pacífico, donde obró tantos prodigios el Dios de amor, no es un amor que levanta Noé agradecido á las misericordias del Dios de sus padres; no es un monumento que instituye Abraham en el monte de la Sion; el Señor no es un título erigido como el de Jacob por la aparicion misteriosa de la escala; es aquella tierra de Jesém á donde no llega la tempestad; es en el Sináí presidido por una criatura angelical que os hace caminar á pie enjuto por el mar de la tribulacion, ahogando al Faraon bárbaro en medio de las aguas de su altanería; es aquella antorcha, que habiendo dotado el cielo una luz indeficiente, quiso estar desconocida por algun tiempo en el caos de algunas tinieblas solobres, no solo para evadirse de la persecucion de los bárbaros, sino para libertaros á vosotros mismos de la persecucion que os habian de traer vuestros escesos. ¡Qué amor tan ingenioso! Su bondad la precisa á manifestarse á un pastor humilde; no se dá por satisfecha con captar la voluntad de vuestros padres por medio de mil prodigios, sino que no pára hasta que despues de algunas alternativas significa con una voz maravillosa, que se edifique este santuario. Pero ¡qué santuario! No es este á semejanza del de Salomon; se la promete el despacho de todas las súplicas de su pueblo, la ruina del impio, la causa del justo, la lluvia de la tempestad.

tad, el remedio contra todas las plagas, todos los bienes, en fin, toda felicidad; decidlo sino vosotras, infelices. ¿No venís aquí á esplicar la naturaleza de vuestros ruegos? Y bien sé que si no conseguisteis todas las veces el remedio en vuestras urgencias, al menos ninguna os volvisteis sin el consuelo de la paz y de la resignacion. ¡Oh! Si San Gregorio, presbítero, endulzaba todos sus conflictos solo con mirar la efigie del patriarca Abraham, y el Crisóstomo se liquidaba en lágrimas de alegría cuando miraba la de San Pablo, que es el que contristado levanta sus ojos á aquel altar sin que no sienta renacer en su corazon la antigua alegría.

Dispensadme, señores, si para celebrar vuestras venturas renuevo por medio de una antítesis lastimosa vuestras profundas llagas y dolorosos sentimientos; si mi oracion hubiera solo de dirigirse á aquellos espíritus piadosos que apoyados en la religion, adoran una Providencia infatigable, directora de los mortales y árbitra, poderosa sobre los movimientos de todas las criaturas, no me detendria en patentizaros el origen de tantos azotes como hemos padecido y de tantos males de que nos vemos amenazados; pero un negro humo, salido del mismo infierno, ha cegado en esta infeliz época mucha parte de los cristianos, aunque nacidos y criados en el seno de la verdad, se han dejado arrastrar de los alhagos de la carne, y como los placeres sensibles se agravan inmediatamente con la idea melancólica de un juez inexorable que castiga sus ofensas aun en este mundo, han procurado borrar la del espíritu de casi todos los hombres; he aquí por qué se esfuerzan á que el idioma de la accion concuerde con el de la iniquidad; asegura que Dios no tiene que hacer nada con el hombre, á quien ha dejado en manos de su consejo que solo le posea en torno de los quicios del cielo, sin que se mezclen sus miras con lo que pasa en el mundo. Estraño lenguaje por cierto y que solo debe permitirse como por castigo á unas almas paganas. ¡Oh Dios inmortal! ¿Podrá desentenderse el hombre de que vos sois un pastor benigno, de que nos aplicais muchas veces la honda para reducirnos abrigos de la justicia? Pues no, señores, ya no se cree que los pecados atraen la ira del cielo sobre los pueblos; en vano claman los divinos oráculos: temed al Dios de las venganzas porque castiga á sus criaturas con las criaturas mismas. Hemos visto el azote de la guerra sobre nosotros, mas no hemos conocido otro principio que la razon de estado; actualmente nos oprimen las esterilidades de los años, pero decimos que los motiva la intemperie de las estaciones; hemos gemido tristes víctimas de la enfermedad, languidez hasta llevar estampadas en nuestros rostros pálidos y secos las negras sombras de la muerte, pero nos hemos contentado en atribuirla á la infeccion y desigualdad de aires; nos conturban las noticias de los incendios, pero luego nos serenamos achacándoles á los descuidos; crecen, finalmente, los rios y saliendo de madre inundan á las ciudades, se advierte que no hay fuerzas bastantes en la naturaleza para producir con tan escasas lluvias, y tan crecidos y tan impetuosos arroyos concurren muchos á ser testigos de las desgracias; pero poquísimos levantan su consideracion al primer Hacedor, lejos de fomentar la vanidad convirtiéndolas en materia de sus disputas filosóficas.

No sucedió así en Valladolid en el año de 1656. Pero ¿dónde me ha trasportado insensiblemente mi celo? ¡Oh! cuando traigo á la memoria aquella noche funestísima del 4 de Febrero, me estremezco; hallo que me embarga las palabras, la amargura de mi corazón, y el negro manto de que se cubre mi espíritu, como que veo aquellas espumosas aguas continuando con bramador afán por tocar las altas nubes, y por remontarse en líquidas cimas; pugnar en abrir camino, los edificios insisten en impedir su terrible curso, chocan, reciben dobles refuerzos, y hallándose ya del todo pujantes, hieren en furor, tronchan los árboles, arrollan los puentes, surcan orgullosas por medio de las calles llevándolo todo vengativas por los rancos ecos; yo no escucho por las plazas sino lamentos y clamores, veo á los sacerdotes levantar sus manos al cielo, veo vírgenes desfiguradas con el sentimiento y el espíritu de los jóvenes y los ancianos encontrados en sus sollozos y suspiros: todo circula por todas partes con un temblador desasosiego, y en todas partes resuenan aquellas tristes quejas: ¡Ay, que nos inundamos! ¡Ay, que no tenemos á donde volver los ojos! Acabad vosotros este piadoso retrato::: Yo dejo los pinceles, no porque me falten colores, sino porque temo liquidarles con lágrimas. También visteis el 24 de Febrero de 1788, 31 de Enero de 1823, 20 de Febrero de 1855, y últimamente el 29 de Diciembre de 1859, cuando todos nosotros presenciámos por dos veces en estos últimos años que llevo referidos de este siglo, cuando se volvieron á inundar varias calles de esta población por la corriente y refluo que traía Pisuegra, el que sobrepujó con todas sus fuerzas rechazando al río Esgueba; entonces fué cuando este se salió de su quicio y se inundaron las calles de agua por la grande fuerza que traía, lo que se verificó: cuando se lamentaban todos los moradores de las desgracias que podían haber ocurrido, y habiendo sido favorecidos sus habitantes con barcos para que desalojasen sus casas y habitaciones en que moraban y pudiesen salvar sus vidas, al poco tiempo de haber invocado á esta santa imágen con sus súplicas, cedieron las fuerzas del río y entonces fueron introduciéndose las aguas del río Esgueba que estaban detenidas en los terraplenes del ferro-carril. De este modo fué como se libertó esta ciudad de la tempestad que la amenazaba. ¿Quereis mas pruebas y testimonio de esta verdad?

Corro un velo sobre el año 1564, sobre aquel voraz incendio que abrasó mas de cuatrocientas casas, cuando Valladolid se buscaba y no se conocia, y cuando la consternacion y el terror se apoderó de todos sus habitantes. Seria esta una escena demasiado chocante á la humanidad, y que debo respetar vuestra delicadeza; así que permitidme retroceder por medio de un extravio dulce hasta aquellos dias calamitosos que presenciásteis vosotros mismos. Yo quiero aconsejaros con una voz amistosa, y que seguramente hubiera sido mas enérgica en mis ojos que mis palabras. ¡Oh pueblo, hubiera exclamado, oh pueblo digno de mejor suerte! Mira que aquellas aguas que inundaron toda la tierra en tiempo del Noé justo procedieron de causas naturales, y sin embargo, el Señor les habia presagiado mucho antes este castigo por la liviandad con que corrompieron su carne y por la dureza de su

corazon. Mira que aquellas llamas que devoraron catorce mil seiscientos Israelitas, procedieron de causas naturales, y sin embargo, acudiendo Moisés y Aaron á pacificar las iras del cielo, le respondió el Señor con indignacion: apartaos de ese pueblo infiel, porque segun veo tu vas á castigarle; mira que tu has llegado á ponerle en aquel estado lastimoso, en que se vió David con las luces de la profecía, cuando dijo: la contricion y la maldad en la ciudad, de dia y noche la rodea la iniquidad sobre sus muros, en medio se halla el trabajo y la injusticia y no falta de sus plazas la usura y el engaño, que tus culpas son la causa de tus desgracias, y que ahora mas que nunca tienes sobrados motivos para que levante contra tí el brazo fuerte del Poderoso. Vamos, pues, Jerusalem prevaricadora, vamos, pues, y conviértete á tu Dios, haz dignos frutos de penitencia, ¡ah! corre al amparo de María Santísima, busca su patrocinio en la imágen sacrosanta de San Lorenzo, que yo salgo por garante de que sucederá la bonanza á la tempestad. Asi lo creiste, muy noble, heróico y leal Ayuntamiento; tú dispusiste que esa Señora desalojase este su templo y que saliese por esas calles á presenciar el infortunio de tus patricios. Vosotros la visteis, católicos, vosotros la visteis cara á cara de aquel elemento furioso que parecia amenazar la tierra con un nuevo diluvio: vosotros visteis aquella Abigail consternada, que le dijo á David irritado contra Naval: «¡Ah, Señor! Naval es un inconsiderado, perdona á tu sierva.»

Vosotros visteis aquella Ester los dias de Aman, que no acababa de preguntar á sí mismo: ¿con que Atagerges ha despachado el decreto esterminador? ¿Con que no ha de haber entre tantos poderosos un libertador de los hebreos? ¿Y podré yo sufrir la muerte y estrago de mi pueblo? ¡Oh! ¿Comodo enim potero sustinere necem, et interfitionem populi mei? ¡Bóvedas del cielo cerradas en aquellos dias con cerrojos de bronce! ¡Lágrimas que corrian sin cesar por las mejillas de los justos y de los pecadores! Voces dolorosas que resonabais por todas partes; vosotras, si, vosotras vinisteis de tropel sobre el corazon de la mas tierna de las madres, la mas entrañable la mas compasiva::: In quam varia pium corpræsere timide. Si analizaré yo los caractéres tristes de aquella época tan llorada por nuestros padres, que corrompiéndose el aire y volando por la atmósfera el veneno destructor hacinó los cadáveres en nuestras casas? Pero á qué vendria ser interminable? Yo conozco que los prodigios se atropellan mas bien que se suceden unos á otros; por otra parte, yo carezco de aquellas nociones delicadas, de aquellas semejantes ingeniosas donde la imaginacion entusiasta sienta rasgos atrevidos para describir los crímenes de los hombres y las venganzas del cielo. Reaiga sobre mi esta iniquidad.

Estos son espectáculos que la imaginacion les concibe mejor que les expresan las palabras. ¡Cuán dulce es la meditacion en aquellos peligros que ya no tienen que temer! ¡Pero cuán dulcísima cuando la saña muestra gratitud hácia el libertador! Por lo mismo convidaba David al pueblo libertado de la cautividad de Egipto, á celebrar y engrandecer las misericordias de su Dios; y he aquí por qué el Senado erige hoy para vosotros aquel monumento de fineza que tanto deseaba el Señor de Israel grabar en vuestras almas, la

memoria de sus beneficios, marcándoles en vuestras manos y poniéndolas como divisa delante de vuestros ojos. Sabe que la ingratitud es madre de la impiedad, de escándalo, donde se han estrellado las naciones cismáticas. Pues ¿qué hace hoy con un aparato tan magnífico? Apartar de vosotros aquella torpe mancha del desagradecimiento con que tanto se envilecieron los sectarios; deciros con el Profeta, aquí teneis, hijos una de las argentadas fuentes del Salvador, donde gozosos tomareis aguas dulces para purificaros de vuestros males; ¡pero cuidado! Magnificad al Señor, contad á las naciones, publicad entre sus enemigos las intenciones de su amor; deciales lo que Jesucristo á la Samaritana: ingratos, si conocieseis los dones con que el Señor nos regala, y que vosotros habeis repudiado, vosotros gritariais con el Apóstol, gracias á Dios por su don inexorable. ¡Oh! y cómo envidiarais la fuente feliz de un pueblo venturoso, que corriendo con los Atlantes de su religion, celebra las misericordias con que lo ha verificado Maria Santísima; pregona ventajas que trajo sobre su patria, amándola y respetándola como testimonio mas eficaz de las ternezas con que le mira el Altísimo, y á vista de estos dones tan celestiales ¿Será posible que le dejeis desairado? ¿Habeis de tener corazon para disipar como hijos pródigos tantas riquezas? Como que::: ¡Ingratos! ¡Olvidadizos! ¡Desnaturalizados! ¿Sufrireis que os diga lo que Moisés al pueblo de Israel? ¡Pueblo infiel, generacion perversa! ¿es esto lo que retribuyes á tu bienhechora y tu Patrona? No, ciudad mia, tu eres cristiana, tu eres agradecida: deja, pues, á esos hombres, y si son tus hijos abomina de ellos, á esos hombres desmemoriados, y que acaso habrán venido á este templo á manifestar su rendicion alguna criatura indigna, ó renovar las protestas de sus liviandades delante de aquellos ojos purisimos, de ser esas personas del otro sexo, que vestidas del oro primero de quien ha de competir con Maria Santísima, sobre quien ha de llevar en San Lorenzo mas inciensos, ó sobre quien ha de arrastrar mas corazones: deja tus reformadores falsos que no depongan el orgullo y altanería, que depondrian á presencia de cualquiera persona de honor, á vista de una ceremonia tan augusta: déjalos, estos si que puede decirse que olvidaron las innumerables obras de Dios. Ya ves, todos sus conatos van á oscurecer los resplandores de la piedad; ofuscan sus brillos para ahogar, si fuera posible, los remordimientos de su conciencia y la infamia de sus errores. Diles que antes olvidarás tu mano derecha que olvidarte de Maria Santísima. Verás como tus favores les consterna, les roen y carcomen. Verás como les sucede lo que á aquellos sediciosos de Judá, que abandonados y tumultuantes corrian en pos de Adonías para adorarle, y apenas oyeron que los Sacerdotes y Levitas, los grandes y los ancianos, y hasta el mismo David habian doblado la rodilla ante el jóven Salomon, se hubieran aterrorizado y despavorido. En fin, ello es que ha de quedar derrocado el ídolo del Dragon, y hemos de venerar sobre aquellas aras el arca de las misericordias. Señor, ¿pudiera yo haberme lisongeado de vuestra piedad con un triunfo mas brillante?

Virgen purisima, en el campo de vuestra solicitud ha sembrado el

hombre enemigo la cizaña del lujo, de la vanidad y de la desenvoltura; este sitio, consagrado con vuestra presencia, se vé hoy profanado con las espinas del escándalo; ¿llegará ya nuestra iniquidad á tal extremo que nos quite como á la nacion judía la posesion de su reino, para trasladarle á otras gentes donde fructifique mas el riego de vuestras misericordias? ¿Habian de suspender vuestros cánticos en este templo? ¿Habian de tener corazon para esquivar este trono? ¿Habíamos de colgar nuestra lira del estéril sáuce? ¿Habíamos de sentarnos á las márgenes del rio de Babilonia para crecer sus corrientes con nuestras lágrimas, ó acaso vagar errantes por no saber donde dirigirnos, como ovejillas dispersas? ¡Oh sin ventura para mí, dulce pátria! Avertatur obsecro, ira tua et furor tuus á civitate tua Jerusalem! Ea, Señora, no mas indignacion con vuestro pueblo; vednos aquí á todos consagrados á vuestro servicio; presentadnos por vuestras manos ante el trono del Eterno, y decidle con las ternezas de una Madre verdadera: Ecce ego, et pueri, quos dedit mihi Dominus. Mira, hijo mio, mira á tu Madre y á los hijos que me dió el Señor; acepta la ofrenda de los corazones que dedican á tu culto y á tu gloria. Amen.

hombre enemigo la cizaña del lago, de la vanidad y de la desconfianza.
 este sitio, consagrado con vuestra presencia, se ve hoy profanado con las
 espigas del escándalo; llegará ya nuestra indignidad á tal extremo que nos
 quite como á la nación toda la posesion de su reino, para trasladarle á
 otras gentes donde fructifique mas el riego de vuestras misericordias.
 Habian de suspender vuestros santos en este templo; Habian de tener
 corazos para espavir este trono; Habiamos de solgar nuestra lira del
 estéril sáuco; Habiamos de sentarnos á las márgenes del rio de Babilonia
 para crecer sus corrientes con nuestras lágrimas, ó acaso vagar errantes
 por no saber donde dirigimos, como ovejillas dispersas; Oh sin ventura
 para mí, dulce patria! Avertatur obscuro, tra tu et furor tuus á civitate
 tua Jerusalem! Señora, no mas indignacion con vuestro pueblo; vednos
 aquí á todos consagrados á vuestro servicio; presentadnos por vuestras
 manos ante el trono del Eterno, y decidle con las ternuras de una Madre
 verdadera: Ecce ego, et pueri, quos dedit mihi Dominus. Mira, hijo mio,
 mira á tu Madre y á los hijos que me dió el Señor; acepta la ofrenda de los
 corazones que dedican á tu culto y á tu gloria. Amen.

PANEGÍRICO

DE

NUESTRA SEÑORA DEL SAGRARIO,

PATRONA DEL ILUSTRE CABILDO METROPOLITANO

DE ESTA CIUDAD DE VALLADOLID.

*Signa et mirabilia fecit Deus excelsus:
placuit ergo mihi prædicare. Signa ejus
quia magna sunt, et mirabilia ejus, quia
fortia.*

Señales y maravillas ha hecho el Dios excelso en mi presencia: por eso he tenido á bien publicar sus prodigios, porque son grandes, y sus maravillas, porque son fuertes. Profeta Daniel. Cap. 3. V. 99 y 100

EMMO. É ILMO. SEÑOR:

Es una verdad constante que así como los hombres comunican mutuamente sus conceptos por medio de palabras exteriores, nuestro gran Dios reservó para sí los prodigios y maravillas, para esplicarse con nosotros y darnos pruebas nada equívocas de la grandeza de su nombre, de la profesion de su misericordia, del poder de su brazo y de la estension de su bondad. Estas espresiones con que Dios sale de su profundo secreto son la voz del mismo Dios, dice el G. P. S. Agustin, y una voz que no obstante ser muda, es clara, inteligible, patética, la mas fuerte que tiene el idioma de la religion, y que viene á ser el sello de la divinidad. Así como la costumbre humana habla con palabras, en la Potencia divina con hechos mas admirables, dice el Santo Padre, ¿Y quién lo ignora? Yo veo á Moisés introducirse en la córte de Faraon, sacar al pueblo hebreo de la cautividad, abrir paso libre en el mar á los hijos de Israel y sepultar en sus hondas todo el poderio de Egipto. Yo veo que á la voz de Josué se postran los baluartes de Jericó; el Jordan enfrena sus aguas y el sol suspende su curso. Yo veo que Samuel suscita en los aires los espantosos truenos enviados para vindicarlo de los desprecios de Israel; que Elías abre y cierra los cielos á su voluntad; que Daniel se liberta de la boca de los leones. ¿Quién obra estos sucesos, superiores á las fuerzas de la naturaleza? ¿Quién? Esta es obra precisamente de Dios, dice el profeta; el Dios excelso, que llena de su gloria los cielos y la tierra, es quien ha obrado

en los prodigios, en la ley de Moisés, para hacerse conocer de un pueblo ingrato é inconstante, y los ha repartido en la ley de gracia para patentizar las entrañas de su misericordia y añadir nuevos brillos á la amorosa Providencia con que ha tratado siempre á la Iglesia su esposa. ¿Pues qué idea puedo proponerme mas digna de un orador cristiano, y mas acomodada á las magníficas ideas que habeis concebido en este dia, en que solemnizais las glorias de nuestra titular, de vuestra patrona, de vuestra Madre la Santísima Virgen del Sagrario, que rompe el velo, que oculta á los prodigios que ha obrado la omnipotente mano de Dios por medio de esta santa Imágen? No es otro mi designio; por eso he tenido á bien publicar sus prodigios, porque son grandes, y sus maravillas, porque son fuertes.

Tu compañera de tiempo, depositaria de los sucesos, heredera de lo pasado, maestra de lo presente, tu historia nos asegura que el segundo año del siglo XVII fué la época dichosa en que se dejó ver la imágen de la Santísima Virgen del Sagrario en la antigua capilla del Arcángel San Miguel de esta Santa Iglesia, para ser de ella su numen tutelar, el apoyo, la guia, la estrella de sus lábios, y virtuosos ministros, y asilo universal de los hijos de Valladolid; pero no te pertenece á tí el referir esta invencion prodigiosa; no te toca el ponderar los prodigios y maravillas con que Dios se hace admirar en esta santa Imágen. Entrad, pues, conmigo, señores, en esta reflexion, y sed favorables á una idea tan interesante á la gloria de Dios, á la beneficencia de María y vuestro propio honor.

Es necesario publicar sus prodigios; grandes son los prodigios, fuertes las maravillas obradas por medio de esta santa Imágen. Grandes son los prodigios, porque son de amor y de misericordia; fuertes las maravillas, porque son de poder y de gratitud. Y hé aqui los dos puntos á que precisamente convido vuestra atencion, y los que procuraré demostrar sensiblemente. Vos, Virgen querida de los cielos, Madre de Dios y Señora nuestra; vos que por un especial amor y benevolencia quisisteis manifestaros en vuestra santa Imágen para ser el dulce imán de los corazones de estos vuestros hijos y capellanes fidelisimos. Dignaos, pues, que al frente de nuestro dignísimo Cardenal Arzobispo, que tan sábia y prudentemente nos gobierna, que hace su principal gloria en el cordialisimo afecto con que os ama en vuestra devotísima Imágen; y para ensalzar estos dignisimos cultos, honra á su muy amado Cabildo, y á todos vosotros, sus muy queridos hijos, con su amable y venerable presencia; dignaos, pues, que al frente de este Ilmo. Cabildo, de este cuerpo de tan conocidos sábios, prudentes y religiosos, pueda yo manifestar las pruebas nada equívocas de vuestro amor, y vuestra gratitud y benevolencia. Sea así, dulcísima Madre mia, y para mas obligaros os saludamos todos reverentes con las palabras del Angel. AVE MARIA.

No hay duda que el culto y amor tiernísimo á la Santísima Virgen se grabó en el corazon de los nobles y generosos castellanos con la marca de la fé, para no borrarse jamás. Triunfó el león de la tribu de Judá; estos

nuestros pueblos, sumergidos en la noche del gentilismo, vieron al amanecer el hermoso día de la religión cristiana. Las manos generosas de los Pablos y Jacobos plantaron la preciosa semilla de la fe en la tierra inculta, llena de errores y supersticiones groseras; la cultivaron, la sostuvieron, á pesar de furiosos aquilones y récias tempestades. Aquellos hombres apóstólicos, destinados con el apóstol Santiago para que fuese el apoyo y fundamento de la Iglesia española, donde la mejor hija de Judá había de poner su tabernáculo y echar profundas raíces, como un pueblo de elección; y hé aquí que florece este árbol de frutos de abundancia; es el objeto de la satisfacción de los Apóstoles, y dá materia amplísima para la historia de los triunfos, de los mártires y de los progresos de la fe ortodosa. Pero no os olvidéis que uno de sus mas bellos despuntes ó guías es el culto de la preciosa vara de José, la Santísima Virgen. Penetrados á fondo de su dignidad, la adoran en sus imágenes con respeto, la celebran con ternura, levantan aras á su nombre, distinguiéndose unas mas que otras la invocacion y culto especial por los favores que con especialidad el Todopoderoso repetía á su invocacion; pues como dice N. S. P. Pio VI de feliz memoria, en la Bula «*autorem fidei*,» contra el conciliábulo de Pistoya: Dios reparte segun su voluntad, los dones que le quiere dar á cada uno, no queriendo se obren estos prodigios en todos los lugares consagrados á la veneracion de los santos. Esta piadosa costumbre, frecuentada en la Iglesia, tambien son tuyas estas palabras, esta devocion, este culto especial se puede creer sin la menor nota de temeridad y arrojio, tributan los nobles religiosos hijos de la antigua Pincia á este sagrado simulacro de María, siendo el centro que reúne todas las líneas de los afectos pincianos á la Santísima Virgen. Como los israelitas en el desierto miraban al tabernáculo como lugar en donde continuamente residia la gloria y presencia de Dios, y llegando despues á Jerusalem concurrían á todas partes á invocarla con la solemnidad de los inciensos en el templo que edificó Salomon, así el santuario ó altar erigido en honor de esta Reina se miraba como el lugar de su inmunidad y asilo, como la arca en que se habia grabado el título de su defensa y proteccion. Yo bien sé, no se me oculta la oscuridad de nuestra propia historia en esta parte y las escasas luces que ofrece para un orador piadoso y cristiano. Bien sé que de valerme de escritores universales, se merecen ninguna fe muchos cronicones; pero aun cuando no sea cierto lo que ellos publican, ¿no sabemos que los castellanos son hijos de Tyro, que en todos tiempos han hecho magnificas ofrendas á la Santísima Virgen con una inclinacion la mas aficionada, siendo este el espíritu que se los infunde con el ser, y este el noble carácter que los distingue? ¿No sabemos que los ilusos novadores se han mofado de la devocion española, sacándonos al teatro de su maledicencia, pero sin poder entibiar este ardor hácia la Virgen propicia de nuestro auxilio? ¡Ah con qué dulce satisfaccion os recordaria los servicios que se han hecho á esta buena Madre, si no me desviase del peculiar objeto que llama ya mi atencion! Pero al fin dejé por inconcuso y asentado como se debe, que

esta gloria es muy propia y peculiar de España. Pero ¿qué puedo hallar de especial en tí, N. H. M. L. ciudad de Valladolid? ¿Qué? ¡Ah! Funde su gloria la antigua Bizanzo ó Constantinopla en haber franqueado su corazón con tanta liberalidad al apóstol san Andrés, que pudo edificar un templo á la memoria de María. Tu honraste á la Santísima Virgen al amanecer del cristianismo por el celo de Santiago, percibiendo no de muy lejos el trueno de su predicacion y singular amor á María, y que supiste conservar en tu corazón, ó por mejor decir, tu corazón fué la preciosa membrana que conservó con caracteres indelebles el amor á nuestra augusta Madre.

Tal era la veneracion general de Castilla á María, cuando aquel Dios terrible, que sabe afligir en su furor para darnos la sabiduria y la prudencia, segun el lenguaje del sábio. Derramó un mar de cólera sobre la España, cuyas corrientes impetuosas inundaron nuestra provincia. Sí, señores, los delitos de los Witizas y Rodrigos pusieron la desoladora hacha en manos de Dios para que desgajase el frondoso árbol de la España, entregándola al poder bárbaro de los moros. Porque no podemos dudar, despues que lo leemos en los Proverbios, que los pecados atraen sobre nuestras cabezas como un electro fogoso, el azote y la indignacion. ¡Ay de tí, España! Paréceme en estos dias de tu calamidad y desconsuelo, otra Jerusalem. ¿Cómo está asolada y desierta esta ciudad famosa? La Reina de las provincias se ha hecho tributaria; la bendita Sion llora amargamente su desolacion; sus templos destruidos, sus puertas profanadas, sus sacerdotes sollozando y gimiendo; sus ciudadanos hambrientos no rehusan darlo mas precioso por redimir su miseria; los párvulos ó inocentes y cándidas almas echan de menos la abundancia de este pais desgraciado, y preguntan entre sollozos á sus débiles, pero afligidas madres: ¿Dónde está el pan con que nos alimentamos? ¡Ay triste capital! ¿A quién te compararé, Jerusalem amada, si Dios te ha abandonado? ¿A quién podrás recurrir confiadamente? Tus amigos ensoberbecidos te silban, te llenan de oprobios y te preguntan burlándose: ¿es esta la ciudad encantadora? Nosotros la devoraremos: hé aquí el dia que esperábamos. España, Castilla, Valladolid, ¿fué otra tu situacion infeliz, cuando á los primeros años del siglo VIII te viste inundada de los sarracenos, y experimentaste todo su furor? ¿Cómo te saquearon estos inmundos! ¿A qué decretos inicuos no te sujetaron? ¿Qué corrupcion no introdugeron? ¿Cómo no profanaron tus templos adorables, tus altares sacrosantos, tus imágenes sagradas, un mismo Dios vivo é inmortal y eterno? No parecia sino que el Señor habia dado al olvido sus sábados y solemnidades, y que concurría con mano vengadora á demoler sus tabernáculos: no de otra manera que el enojado jardinero pisa las yerbas, destreza las plantas, arranca las flores, destruye los frutos, obras y producciones de su valor y fatiga. Piadosos vallisoletanos, ¿permitireis que las manos sacrílegas de esos eliodoros arranquen del pecho de esa santa Imágen las preciosas joyas que habeis consagrado á su adorno? ¿Abandonareis al incendio, al saqueo y á todo género de atrevidos

insultos ese tabernáculo de santificación? Desafueros tan horrorosos sufrieron otras imágenes por aquellos enconados monstruos, que querían satisfacer sus iras en la semejanza, ya que no podían en los objetos mismos que representaban; y esta suerte hubiera cabido á esta santa Imágen, si el amor no hubiera inspirado á los hijos de Valladolid.

Voy bajo el pié de la presuncion piadosa de nuestra historia. Al gran proyecto que practicó Jeremias con el arca del testamento, en el tiempo en que el Señor abandonó á su pueblo al furor de los asirios, á fin de libertar esta alhaja preciosísima de la brutal codicia del ejército Caldeo, la trasportó el profeta y la ocultó en una cueva, y cerró la entrada por de fuera. ¿Hicieron otra cosa, Virgen del Sagrario, contigo estos tus hijos de Valladolid? Ocultáronte en tu propia iglesia, abrieron una especie de cueva, un nicho, y cerraron con sumo dolor de su alma el sitio que os poseía, no teniendo ya vos otro culto que el que tributa el cielo. Fuego, imaginacion, talento, pinturas, imágenes, adornos todos de un orador cristiano: tomad, tomad asiento en cuantos elevados ingénios me presta su atencion en esta hora, ya que seais tan escasos y mezquinos para mí: yo quedaré muy satisfecho si se persuaden á sí mismos que á mi ruda elocuencia la es imposible el pintar en este lance: ellos verán á la luz de su alta sabiduría é ingenio, el fiero dolor, la desolacion, no sé qué mas de los hijos de Valladolid en unas circunstancias que por sí solas pedían toda el agua de sus rios para llorar la privacion de esta su santa imágen de María. Pero ¿qué escucho? ¡Oh santos cielos! ¿Qué voz es esta que hierde con toda vivacidad mis oidos? Desconocido será el lugar hasta que Dios reuna la congregacion de su pueblo y se muestre propicio. Ea, que estas palabras de Isaías encierran grande misterio. Dejadme, dejadme que embebido en ellas, no atienda ni á la feliz restauracion de España, ni á la reedificacion de esta M. N., H. y L. ciudad, y á la traslacion de la córte á ella, ni los ejemplos de virtud que nuestros soberanos estamparon en sus asombrosos y vistosísimos templos, ni la porfia santa y religiosa emulacion que influyeron en los corazones piadosos de sus nobles y leales vasallos, los hijos de Valladolid. Yo paso en silencio nueve centenares de años, y cuando advierto edificado este asombroso templo, primor del arte y objeto de admiracion de los sábios viajeros, que solo lloran nuestra pobreza, causa única que detiene su última mano y perfeccion. Al recordar el 13 de Marzo de 1602, que escucho nada mas que aquellas palabras, que dicen: «este será el lugar desconocido.» Pero ¡oh gran Dios! ya la piedad de nuestros reyes católicos ha formado una congregacion, un nuevo Cabildo, que unido á una cabeza, á un Pastor que reúne los hijos de esta ciudad, y los de su arzobispado forman las delicias, la corona de gloria de toda Castilla. Ya las fervorosas oraciones de esta nueva congregacion se elevan como un perfume suave, como un incienso el mas grato al sólio de vuestra Majestad, y la devocion, el respeto, la escrupulosa asistencia y magnificencia con que se celebran vuestros sagrados cultos, sorprende aun á los mas piadosos y devotas almas. ¿Y no os mostrareis propicios para con esta nueva

Catedral? ¿Se ignorará el lugar donde reside la preciosa joya de la imágen de María Santísima vuestra Madre, alhaja que enriquecerá mas que cuantas rentas la ha dado el piadoso Pedro Ansurez y otros sus religiosos conciudadanos? Este será el lugar desconocido. ¡Gran Dios! este será el lugar desconocido. Pero no, consolaos, hijos de Valladolid, consolaos, consolaos. Levantad los ojos, devotos de María; ven, sabiduría humana, ven á aprender y á confundirte; escucha las embargadas voces con lágrimas de júbilo y de devoción que pronuncian los oficiales de albañilería, que á voces descompasadas, á gritos escesivos publican, dan parte del feliz hallazgo de una imágen, que oculta en un nicho de la capilla de San Miguel Arcángel acaba de descubrirse.

De hecho se deja ver, aunque llena de polvo, maltratada en algunas partes su escultura, prueba de su antigüedad. ¿Qué es esta sabiduría humana? ¿Qué decis? ¡Ah! no, no necesito mendigar tus falibles discursos. ¡Oh admirable providencia de nuestro Dios! Y cuán ocultos son los caminos para enriquecer y honrar á los que te adoran en espíritu de devoción y de verdad! ¿Qué es esto, nobles hijos de Valladolid? ¿Qué es esto? ¿Qué ha de ser? El Dios excelso, que hace grandes y admirables cosas en vuestro favor. Sí, no lo dudeis; examinan, ven, rebosan en dulces avenidas de gozo todo el pueblo vallisoletano que concurre sin ser llamado: cada uno se dá á sí mismo el parabien y todos están como fuera de sí. ¡A la Catedral! grita la muchedumbre. Hé aquí, el católico Felipe III envia al marqués de San German para que le cerciore de lo que pasa. El obispo D. Juan Bautista de Acebedo corre á su iglesia, los sacerdotes y religiosos, los magistrados y la nobleza; no hay ámbito y lugar que se ofrece a la vista de todos estos lo que deseaba su corazón. ¡Con qué afectos de amor no esplican su devoción! ¡Y qué amor! No fué tan tierno ni tan espresivo el que tuvo Asuero á Ester, David á Sunamitis, Jacob á Raquel. Venid, venid, se decian unos á otros, venid y vedlo por vuestros propios ojos. Hé aquí, ved allí el arco de paz que recuerda á Dios su promesa. Hé aquí, ved la puerta de santificación y la escala misteriosa. Hé aquí, ved allí vuestra compañera, vuestra luz, vuestra columna, vuestra Madre, las aras y primicias de vuestra gloria y vuestra felicidad. Dichosa ciudad de Valladolid, no sé si penetrarás ya á fondo las ventajas que te han venido con esta amorosa elección, con la invocación de tan devotísima imágen. Tuya será la gloria del Líbano; los cedros, los pinos adornan tu iglesia Catedral, que María ha glorificado con su prodigiosa imágen del Sagrario. No necesitarás del sol en el día, ni del resplandor de la luna en la noche: María será tu luz y Dios tu gloria. La justicia y el buen nombre brotará en ti como en la tierra, y en el huerto flores. Dios mostrará que María en esta santa Imágen se ostenta magnífica en las gracias que reparte á los que la invocan, como en las que manifiesta su amor en su invención. Todos, todos saben las gracias que desde aquel día feliz de que he hablado, ha repartido, ha derramado la Santísima Virgen en los corazones de estos sus queridos hijos los vallisoletanos; porque si el repartidor de los dones,

segun la teología del Apóstol, abundó de gracias victoriosas á los que habian elegido el propósito de su voluntad. ¿Ha hecho y hará otra cosa aquella en cuyas manos depositó el Hijo sus tesoros, con lo que quiso formar un pueblo peculiar, echando altas raices, por decirlo así, con el Eclesiástico, entre estos sus escogidos? Consiento, sí, consiento, por hablar con el G. P. S. Bernardo, en que se pase en silencio la beneficencia de María en esta Santa Iglesia Metropolitana, si puede alguno asegurar que le ha faltado cuando la invocan en sus necesidades. *Sileat misericordiam tuam, si quis est invocantem te in necessitatibus suis, sibi meminerit defluisset* Con estas palabras le he dicho todo. ¿Qué resta? ¿Qué resta? ¡Ay! bien lo sé; María en su imágen del Sagrario se ha adquirido títulos muy fundados para hacernos esta justa reconvencion. ¿Qué mas puede hacer que no haya hecho con esta viña de mi herencia, que yo la escogí, que yo la planté en el campo de la Iglesia? ¿Y qué podreis responder vosotros favorecidos así de María? Tambien lo sé: sí, vosotros habeis acreditado el reconocimiento en la veneracion y culto de vuestra protectora. No, no, Madre, no han atraido estos hijos la infame nota con que fueron señalados por su ignominia Jeroboan, elevado; Abcad, favorecido, y otros señalados con la torpe mancha del desagradecimiento. Los hijos de Valladolid han estado siempre atentos como otros fieles hijos de Abraham, aquella firme piedra de donde salieron para multiplicar cultos y obsequios á esa protectora que se ha complacido en ellos; y así no han podido asomar á sus lábios aquellas sentidas voces del profeta: «he sustentado, he exaltado unos hijos que en lugar de mi honor, han hecho mi desprecio.» No, señores, el reconocimiento es palpable; ha estado siempre de acuerdo con los dignísimos é Ilmos. Obispos que desde D. Juan Bautista de Acebedo, segundo en esta silla, hasta el que felizmente nos gobierna; y el detenernos por menor en este punto seria no alabar: aun solo con lo que nos dice nuestra historia de aquel dignísimo y piadosísimo Prelado D. Juan de Torres Osorio. A esta han seguido en todos tiempos sus dignos sucesores, y á ejemplo de estos ese Ilmo. Cabildo, que ya en cuerpo, ya en particular, cada uno han hecho por María en su imágen del Sagrario, si dones y ofertas mas que la que podian contemplar en sus facultades, y si devocion, culto interior y exterior. Bien se vé no hay exageracion en este punto. Y vosotros, Ministros subalternos, ¿qué no habeis hecho en tantos y tales beneficios? ¿Qué no habeis hecho vosotros, todos hijos de Valladolid, vosotros, nobles y religiosísimos ciudadanos? Vos lo sabeis, Virgen Santísima del Sagrario del Espiritusanto. Vos, que sola fuisteis la que agradaste al Unigénito Dios para escogeros por Madre; vos sabeis lo agradecidos que os han sido estos vuestros hijos; pero por mi parte solo veo lo exterior. Estoy sumamente gozoso por este numeroso concurso en este dia. ¿Qué indica? ¿Qué señal sino que os aman de veras y de todo su corazon? Ostenta, pues, benigna tus bondades; sigue en ese tu amor especial y señalado, que ellos cantarán tus glorias aquí en la tierra, para verte y gozarte de tu presencia en el cielo. Amen.

segun la teologia del Apóstol, abundó de gracias victoriosas á los que
 habian elegido el propósito de su voluntad. Hecho y hará otras cosas
 aquellas en cuyas manos depositó el hijo sus tesoros, con lo que quiso
 formar un pueblo peculiar, echando otras raices, por decirlo así, con el
 eclesiástico, entre estos sus escogidos. Consiento, si consiento, por hablar
 con el Sr. S. Bernardo, en que se pase en silencio la beneficencia de
 María en esta Santa Iglesia Metropolitana, si puede alguno asegurar que
 le ha faltado cuando la invocan en sus necesidades. *Sicut miserabilium*
lana, si quis est invocatum in necessitatibus suis, sicut miserabilium
lana, si quis est invocatum in necessitatibus suis, sicut miserabilium
 fuerit. Con estas palabras le he dicho todo. ¿Qué restará? ¡Ay!
 bien lo sé; María en su imagen del Sagrario se ha adquirido títulos muy
 fundados para hacernos esta justa reconvencción. ¿Qué mas puede hacer
 que no haya hecho con esta vida de mi herencia, que yo la escogí, que
 yo la planté en el campo de la Iglesia? ¿Y qué podéis responder vosotros
 favorecidos así de María? También lo sé: si vosotros habéis acreditado el
 reconocimiento en la veneración y culto de vuestros protectores. No, no;
 Madre, no han atraído estos hijos la infame nota con que fueron señalados
 por su ignominia Jeroboán, elvada; Abad, favorecido, y otros señalados
 con la torpe mancha del desagravamiento. Los hijos de Valladolid han
 estado siempre atentos como otros hijos de Abraham, aquella firme
 piedra de donde salieron para multiplicar cultos y obsequios á sus pro-
 tectores que se ha complacido en ellos; y así no han podido someter á sus
 táldas aquellas sentidas voces del profeta: «he sustentado, he exaltado
 unos hijos que en lugar de mi honor, han hecho mi desprecio». No, seño-
 res, el reconocimiento es palpable; ha estado siempre de acuerdo con los
 dignísimos é ilmos. Obispos que desde D. Juan Bautista de Acobedo,
 segundo en esta silla, hasta el que felizmente nos gobierna; y el detenernos
 por menor en este punto sería no alabar; así solo con lo que nos dice
 nuestra historia de aquel dignísimo y piadosísimo Prelado D. Juan de
 Torres Osorio. A esta han seguido en todos tiempos sus dignos sucesores,
 y á ejemplo de estos ese Ilmo. Cabildo, que ya en cuerpo, ya en particular,
 cada uno han hecho por María en su imagen del Sagrario, si dones y
 obras mas que la que podian contemplar en sus facultades, y si devoción,
 culto interior y exterior. Bien se ve no hay exageración en este punto.
 Y vosotros, Ministros subalternos, ¿qué no habéis hecho en tantos y tales
 beneficios? ¿Qué no habéis hecho vosotros, todos hijos de Valladolid,
 vosotros, nobles y religiosísimos ciudadanos? Vos lo sabéis, Virgen san-
 tísima del Sagrario del Espíritu Santo. Vos, que sola fuisteis la que abra-
 daste al Unigénito Dios para escogeros por Madre; vos sabéis lo grande-
 cidos que os han sido estos vuestros hijos; pero por mi parte solo veo
 lo exterior. Estoy sumamente gozoso por este numeroso concurso en
 este día. ¿Qué señal sino que os amn de veras y de todo
 su corazón? O tentar, pues, benignas las bondades; sigue en ese in amor
 especial y señalado, que ellos cantaban sus glorias aquí en la tierra, para
 verte y gozarte de tu presencia en el cielo. Amen.

SERMON

DEL

DOMINGO DE RAMOS,

PREDICADO

EN LA CONGREGACION DE SAN FELIPE NERI

EL DIA 20 DE MARZO DE 1842.

Cum apropinquasset Jesus Jerosolymis, et venisset Bethpage ad Montem Oliveti.

Acercándose Jesus á Jerusalem, luego que llegaron á la vista de Bethpage, al plé del Monte de los Olivos. San Mateo. Cap. 21. V. 1.

Cristiano y piadoso auditorio: Jesucristo nuestro Redentor entra hoy en la metrópoli de Jerusalem. Para que penetremos algun tanto los misterios de esta entrada y de esta venida, escuchemos al evangelista San Mateo, que nos la refiere. Se llegaba el tiempo de que Jesucristo padeciese y muriese por los hombres, segun la obediencia á su Eterno Padre; y estimulado de su amor por ellos, llegó á Bethpage, poblacion que estaba junto al Huerto ó Monte de las Olivas, cerca de Jerusalem. ¿Y qué hace? Llama á dos de sus discipulos, que en sentir de San Hilario, San Vicente Ferrer y la Glosa, fueron Pedro y Felipe, y les dice: Id á esa aldea que está en frente; allí encontrareis una jumenta atada con su cria; desatadla y traedla, y si os dijeren que dónde ó para qué fin conducís á dos animales, contestad que nuestro Señor tiene necesidad de ellos; y puntualmente lo efectuan. Llegan, preparan aquellos animalitos, sube el Señor ya en uno, ya en otro, y segun las profecias de Isaías y Zacarías, se va acercando el Señor á la ciudad, donde es recibido con raras demostraciones de júbilo y alegría. Unos tienden sus capas en el suelo para que pase por ellas; otros cortan ramos de olivo, palmas y otros árboles para hacer mas célebre la entrada,

y todos, finalmente, entonan aquel himno «hosanna filio David,» en el cual le confiesan y proclaman Rey, Señor y Mesías prometido. Católicos, son muchos y grandes los misterios del Evangelio presente; pero como nos espera la historia trágica de la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo que vá á referir el Evangelista, y que llama toda nuestra atención, hablaré un breve rato y procuraré moralizar esta entrada de Jesucristo en Jerusalem, esplanando sus fines y sus misterios para nuestra edificación espiritual y la de mis oyentes. Ayudadme á implorar la gracia por medio de la poderosa intercesión de María Santísima, á quien todos reverentes la saludamos diciendo: AVE MARIA.

Con que Jesucristo se presenta hoy en Jerusalem sobre una jumenta. Pasma ciertamente que se presente hoy sobre una jumenta el Principe de las eternidades. Jesucristo, el unigénito del Padre, el Soberano del cielo y tierra. ¿Qué triunfo es este, que mas parece una humillación, que un abatimiento? Aureliano entró en Roma tirado de su carro triunfal de cuatro leones. Cuarenta elefantes conducian el carro de Julio César y de Pompeyo. Así nos lo dicen Plinio y Suetonio. Este aparato puede llamarse triunfo; pero ¿cómo hemos de llamar triunfo á la entrada de Jesucristo en Jerusalem sobre una jumenta? Sí, señores míos, ¿sabeis por qué? Aquellos grandes principes de la tierra se sirvieron de animales para hacer demostraciones de su grandeza, y para significar en las propiedades de los brutos los medios de que se valieron para conseguir y alcanzar sus victorias. Aureliano se sirvió de los ciervos para dar á entender cuánto importó su celeridad y diligencia en sus campañas. Marco Antonio de los leones para significar su fortaleza, y los elefantes manifestaban la sagacidad y el arte con que supieron sorprender á sus enemigos. Jesucristo, omnipotente por esencia é infinitamente sábio, venia á vencer á nuestros enemigos y los suyos, no con fortaleza, no con sagacidad ni sabiduría humana, sino con la humildad y la paciencia. Era el mejor David, que viniendo al valle del mundo para vencer á Goliath de la malicia, no necesitaba llevar las armas reales de Saul, sino el báculo y la honda de un Pastor humilde, para manifestar que era aquel Cordero manso que profetizó Isaías que habia de dominar la tierra. *Dominatorum terræ.* Tan cierto es, que en la milicia cristiana el que mas se abate, el mas humilde es el que vence. Cuanto mas se medita la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalem, mas y mas misterios se presentan que profundizar.

Cualquiera que haya leído á Valerio Máximo y otros historiadores, sabe que á ningun conquistador se le permitia la celebridad de triunfo á su entrada en la capital sin que hubiese vencido por lo menos 5,000 combatientes. ¿Pues cómo es que Jesucristo celebra ya su triunfo antes de entrar en combate con sus enemigos? Jesucristo habia dicho á sus discípulos: vamos á Jerusalem; allí el hijo del hombre será entregado en manos de los sacerdotes de la Sinagoga; será escupido, mofado, abofeteado y le condenarán á muerte. Jesucristo sabia infaliblemente, dice el G. P. San Agustín, que en la cruz habia de vencer al pecado, á la muerte y al infierno.

Sabia, finalmente, que su Eterno Padre le habia de coronar por Rey, dándole toda potestad en los cielos y en la tierra. Hé aquí la significacion de aquellos ramos, de aquellas palmas, de aquellas olivas, de las vestiduras mismas echadas por la tierra para que pasase por ellas. Esto mismo hicieron con Jehu cuando le ungieron rey de Israel. *Uniquisque tollens palium suum, posuerunt sub pedibus ejus.* Los mismos honores, dice Plutarco, se hicieron á Caton, de Utica; Acocis, rey de Tracia; así recibieron á Alejandro Magno en Babilonia, segun Quinto Curcio; á Pompeyo en Italia, y al rey Agripa en Jerusalem, segun Filon. Ultimamente, así es hoy recibido Jesucristo en Jerusalem, aclamándole todos por el hijo de David.

Católicos, quiero concluir este breve discurso con una observacion sobre la ceremonia solemne que en este dia hemos presenciado. Jesucristo entra hoy en Jerusalem victorioso y triunfante. ¿Pues cómo es que nosotros somos los que llevamos los ramos y las palmas? Me direis que para dedicarlas y atribuir las como á tal vencedor. Pero el profeta Zacarias contesta á mi pregunta mas satisfactoriamente. *Ecce rex tuus venit tibi.* Como si dijera: llevais las palmas y ramos porque el fruto y provecho de las victorias de Jesucristo es para vosotros *Venit tibi*; porque dejando para vosotros su triunfo se presenta hoy lleno de humillacion y mansedumbre, que un dia aparezca tremendo y formidable. *Venit tibi*, porque con las finezas y extremos de su amor viene á conquistar nuestros corazones.

Pues cristianos, que no quede un corazon siquiera que no se consagre hoy á Jesucristo; hoy, para que aplicándonos los méritos y sacrificios de su pasion y de su muerte, nos conduzca á la vida eterna. Amen.

David, hoy recibido Jesucristo en Jerusalen, señalándole todos por el hijo de
 en Italia, y al rey Agripa en Jerusalen, según Filon. Últimamente, así es
 dieron á Alejandro Magno en Babilonia, según Quinto Curcio; á Pompeyo
 Platarco, se hicieron á Caton, de Utica; Aecio, rey de Tracia; así reci-
 pation suum, posuerunt sub pedibus eius. Los mismos honores, dice
 hicieron con Jehu cuando le auguraron rey de Israel; Unquidquam tollens
 dadas mismas echadas por la tierra para que pasase por ellas. Esto mismo
 de aquellas ramos, de aquellas palmas, de aquellas olivas, de las vesti-
 dándole toda potestad en los cielos y en la tierra. He aquí la significacion
 Sabia, finalmente, que su Hicno Padre le habia de coronar por Rey,

Católicos, quiero concluir este breve discurso con una observacion
 sobre la ceremonia solemnemente que en este dia hemos presenciado. Jesucristo
 entra hoy en Jerusalen victorioso y triunfante. ¿Pues cómo es que nosotros
 somos los que llevamos los ramos y las palmas? Me dirais que para dedi-
 carlas y atribuir las como á tal vencedor. Pero el profeta Zacarias contesta
 á mi pregunta mas satisfactoriamente. Ecce rex tuus venit tibi. Como si
 dijera: llevais las palmas y ramos porque el fruto y provecho de las victo-
 rias de Jesucristo es para vosotros Venit tibi; porque dejando para vosotros
 su triunfo se presenta hoy lleno de humillacion y mansedumbre, que un
 dia aparezca tremendo y formidable. Venit tibi, porque con las flechas y
 estremos de su amor viene á conquistar nuestros corazones.
 Pues cristianos, que no puede haber razon siquiera que no se consagre
 hoy á Jesucristo; hoy pasadme á todos los méritos y sacrificios de
 su pasion y de su muerte, no contad con la vida eterna. Amen.

